

# LAS CIGÜEÑAS

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO  
Conde de Canilleros



VISITÉ Mérida por primera vez cuando tenía catorce años. Como estudiante de bachillerato, fui con todos los condiscípulos del Instituto en excursión, desde Cáceres, a pasar allí un día primaveral.

Al llegar a la estación del ferrocarril, como adelantado de la pretérita grandeza romana de Emérita Augusta, nos encontramos el impresionante acueducto, con sus piedras en equilibrio milagroso, con su esbeltez monumental, con sus arcos rotos, como gigantesco esqueleto, erguido gallardamente, desafiando a la eternidad. Sobre el acueducto, cigüeñas, muchas cigüeñas, tenían sus nidos en las inmensas alturas de aquellas piedras milenarias.

Las cigüeñas no son ninguna novedad en Extremadura. En todos los lugares se las ve sobre las torres de iglesias, palacios y castillos. Es un ave benéfica, querida y familiar, que ninguna sorpresa podía causarme. Sin embargo, las blancas siluetas sobre la mole oscura del acueducto, me impresionaron. Era la afirmación del imperio de la naturaleza, con su paz serena, sobre las luchas de los hombres. En aquella Emérita, que alzaron con primor arquitectónico los romanos, bárbaros, ágarenos y reconquistadores se habían sucedido, entre destrucciones y luchas. Aquellas aves emigrantes, vinieron allí cada año, como blancas banderas de paz.

En el teatro romano, uno de los más hermosos del mundo, nos dieron una conferencia. Iba con nosotros Antonio Floriano, un joven que empezaba a destacar su valía en asuntos arqueológicos, a quien yo estaba íntimamente unido, porque su padre era el administrador de la casa de mi anciana tía bisabuela, la condesa de la Torre de Mayoralgo.

Por Floriano supe yo de don José Ramón Mélida, antes de la ex-

cursión. En Mérida, el nombre y la persona del ilustre arqueólogo se me dieron en toda su magnitud. Podía decirse que él había resucitado a la vieja Emérita Augusta, desenterrando el más importante de todos sus monumentos. el teatro romano, que estuvo siglos cubierto de escombros.

Fue don José Ramón Mélida Alinari, que éste era su nombre completo, Académico de la Historia y de Bellas Artes, Director del Museo Arqueológico Nacional y Catedrático de la Universidad madrileña. Hizo excavaciones en Numancia y publicó obras importantes. Pertenece a una familia ligada al arte, pues sus hermanos, Enrique y Arturo, fueron pintores; el segundo, además, escultor y arquitecto. La fecunda vida de don José Ramón, nacido en 1849, prolongóse hasta el 3 de Diciembre de 1933.

Mélida no era extremeño. Como las cigüeñas, empezó a aparecer por estas tierras cada primavera, para buscar y reconstruir viejos nidos de historia y de arte. Una vez fue el citado teatro romano; otra, el aljibe árabe del antiguo alcázar cacereño. De Norte a Sur, de Este a Oeste. infatigable y estudioso, recorrió las tierras de Extremadura. Descubrimientos y estudios cuajaron en los tomos de su *Catálogo Monumental de España*, relativos a las provincias de Badajoz y Cáceres.

Durante sus frecuentes visitas, Mélida se ponía en contacto en Cáceres con el grupo de eruditos, entro los que destacaban Publio Hurtado, Miguel Angel Ortí Belmonte, Juan Sanguino y el citado Antonio Floriano. Yo solía meterme en el grupo, con todo el bagaje de mi entusiasmo y de mi ignorancia, bien consciente de lo primero y ajeno a lo segundo, porque nada hay más engreído que el mozuelo que acaba de ingerir, sacando buenas notas, ese *cóktel* que son las asignaturas del bachillerato.

Por fortuna para mí, no me decidía aun a escribir historia. El contacto con el grupo, al descubrirme lo muchísimo que no sabía, me hizo apreciar mi ignorancia y me enseñó a proceder discretamente.

Como cada año aguardaba la llegada de las cigüeñas, indicio de estar en camino la primavera, esperaba también la presencia de don José Ramón, que traía siempre una primavera arqueológica con sus excavaciones y sus estudios.

Cuando ya le llevaba tratando algunos años, le dije un día que yo asociaba su recuerdo a las cigüeñas, desde que las vi sobre el acueducto de Mérida, unidas a lo romano, el mismo día que supe todo lo que él venía haciendo en Extremadura.

—Me gustan las cigüeñas —comentó—. Son aves del mundo clásico. Las cigüeñas realzan los encantos de los monumentos de Extremadura, que yo quiero dar a conocer fuera de la región.

En 1920 ocurrió un suceso sensacional: el hallazgo del Tesoro de Aliseda. Unos obreros, sacando tierras para hacer ladrillos en las inmediaciones del citado pueblo, cercano a Cáceres, encontraron un depósito de objetos de oro del período fenicio. Eran las joyas de una dama: diademas, pendientes, brazaletes, anillos... Algo verdaderamente excepcional, por su extraordinario valor arqueológico e intrínseco.

En este asunto —hay que decirlo todo— la actuación de Mérida no fue muy correcta. Lo relativo al rescate del tesoro y a su estudio, lo realizó, con ímprobos trabajos y sacrificios, pues las joyas se habían dispersado, don Miguel Ángel Orti Belmonte. A él corresponde íntegro el mérito de que tan importante hallazgo se salvara de la pérdida y pueda ser admirado hoy en el Museo Arqueológico Nacional. Cuando todo estaba hecho, Mérida posó su vuelo en Cáceres, para emprender el retorno a Madrid con el tesoro y presentarlo como mérito propio en su informe a la Real Academia de la Historia y en sus publicaciones. Orti Belmonte, hombre extraordinariamente preparado, pero tímido y sencillo, quedó en la penumbra, siendo el real protagonista del episodio.

Fue el único fallo en la gran labor desarrollada en Extremadura por don José Ramón Mérida, el arqueólogo infatigable y meritisimo que tanto hizo en esta región. Mérida, la Emérita Augusta romana, vuelta a surgir gracias, principalmente, a su esfuerzo, es el milenario poema de piedra que mantiene hoy vivo su recuerdo, ese recuerdo que para mí lo simbolizan —viajeras, como él— las blancas y gallardas siluetas de las cigüeñas...



## Figuras desaparecidas



*En la última hora de nuestro número anterior, aludimos al fallecimiento del gran polígrafo, académico y catedrático extremeño don Antonio Rodríguez-Moñino, suceso que ocurrió en Madrid el 20 de Junio.*

*Ponderar la magnitud de esta prócer figura de nuestras letras, no puede hacerse en pocas líneas. La pérdida de Rodríguez-Moñino es una desgracia de carácter nacional y si nos circunscribimos a Extremadura, el vacío que deja en su escuela república literaria, hay que decir que es inmenso. Nuestra revista fue siempre muy querida del extinto y a mayor abundamiento podemos decir que parcialmente a inspiración suya se debe el remozamiento que estamos intentando instaurar en esta publicación. «ALCÁNTARA» pues, no puede limitarse a delinear una nota necrológica o una biografía por extensa que sea, de la esclarecida figura del académico badajocense. Por este motivo dedicaremos un número, que ayudando Dios será el próximo, a procurar que nuestros lectores conozcan el alma, la vida y el trabajo de Rodríguez-Moñino, a través de las autorizadas plumas de sus compañeros de trabajo, todos ellos relevantes literatos o investigadores de la erudición nacional. Premuras de tiempo y lo inapropiado de la estación veraniega, nos obligan a aplazar este homenaje que hubiéramos querido realizar de inmediato.*

